



d E l A m a n O  
i n v i s i b l E a l A  
g a r r A v i s i b l E

augustO lópez

«En aquello, como en muchos de otros casos, es guiado por una mano invisible hacia el cumplimiento de un fin que nunca ha estado en sus intenciones; y no es siempre lo peor para la sociedad que esta finalidad no entre en sus intenciones. Buscando sólo su interés personal, trabaja a menudo de una manera mucho más eficaz para el interés de la sociedad, que si se lo hubiera puesto como objetivo de su trabajo.»

Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, IV.ii

*Auri sacra fames*  
(*Detestable hambre de oro*)

Virgilio, *La Eneida* 3,57.

Los ciudadanos del imperio romano tenían cierta idea de suficiencia de sí mismos: Roma era tan poderosa que lo previsible era que durase siempre. Ningún pueblo bárbaro parecía lo suficientemente peligroso para incordiarla más allá de escaramuzas en los *limes* ignotos, territorios que los habitantes del imperio juzgaban lejísimos, tal y como hacemos nosotros hoy con Afganistán o algunos países africanos, donde somos conscientes de que hay guerras pero pensamos que nos atañen de un modo muy indirecto. También al igual que nosotros, los ciudadanos del imperio soportaban tensiones económicas, políticos corruptos y se entregaban con la misma pasión a las carreras de cuadrigas que la que vemos actualmente

en los estadios de fútbol.

En cierta medida, también era Roma una aldea global, en la cual poco a poco los grandes terratenientes se fueron haciendo con inmensos latifundios donde trabajaban esclavos venidos de las guerras imperiales. El trabajo empezó a escasear y entre los ricos que no querían pagar impuestos y los *proletarii* que no podían pagarlos el Estado tuvo cada vez más problemas, resultando finalmente un colapso económico que condujo a la desaparición del imperio.

Podría decirse que la historia se repite y que actualmente el trabajo empieza a cotizarse como bien de lujo, mientras millones de personas en países fuera de nuestros *limes* –en un sentido no sólo espacial, también social– se afanan por inundarnos de productos y alimentos. El Estado ya no puede sostenerse porque sencillamente las rentas del trabajo son insuficientes para ello y las rentas del capital se esconden en los paraísos fiscales ante la pasividad –cuando no complacencia– de los dirigentes políticos.

Hay sin embargo, una gran diferencia entre la ciudadanía romana y nosotros: para bien de muchos y mal de poquísimos, en el siglo XV se inventó la imprenta y ese instrumento tan denostado hoy en día llamado libro supuso una ruptura definitiva entre el pasado y el presente. A lo largo de los siglos, la información ha ido llegando a cada vez más sectores de la población y hoy en día cualquier persona que desee saber, sencillamente puede hacerlo, de un modo económico y asequible.

Por ello, la teoría de la mano visible y de la prevalencia del mercado sobre todo lo demás –que defiende la ausencia del Estado como elemento regulador y organizativo que atempere las desigualdades que produce el mercado–, es discutida con relativa facilidad por cualquier persona que se asome a la actualidad diaria y tenga mínimos conocimientos económicos. Sólo algunos portavoces mediáticos y chillones de los llamados *neoon* sostienen las maravillas de la mano visible en público. Nadie se traga lo que dicen y la gente entiende sin demasiado esfuerzo que el mercado ideal del que hablaba Adam Smith sólo existe sobre el papel, que en la vida real es necesario que el sistema de libre mercado tenga sus límites y sus mecanismos reguladores. Siempre que queramos vivir como lo hemos hecho hasta ahora, claro está.

Así pues, se ha precisado de un nuevo concepto por parte de los hambrientos de oro para captar cada vez más beneficios y anular la información que la sociedad tiene del hecho económico: dotar de visibilidad a la mano invisible, que sepamos hasta la saciedad de su poder y su ansia desmedida. El mercado ya no es invisible, ahora está omnipresente y su mano se ha convertido en una garra que lo quiere todo y a la vista de todos: es la garra visible.

El concepto de garra visible ha surgido por tres factores: la globalización de la economía, la deslocalización de la producción y la desregularización de la actividad económica. Estos hechos han engendrado las llamadas corporaciones, empresas multinacionales –mejor sería llamarlas multicontinentales– que engloban multitud de empresas, ramas industriales y agrícolas bajo el único prisma de conseguir el mayor beneficio posible. Como las corporaciones son entes y no personas, nadie puede demandarlas; es decir, puedes meter en prisión al presidente de una empresa, pero no a la empresa en sí, que seguirá su actividad. Antes, presidente o dueño de empresa era prácticamente lo mismo, en la actualidad las empresas son controladas por corporaciones, que a su vez dan beneficios a fondos de inversiones, otro ente abstracto del que se desconoce quien o quienes están tras él (a veces, puede darse incluso la paradoja de que un trabajador confíe sus ahorros a un banco que a su vez los pone a rendir en un fondo de inversión cuya cúpula decide que la empresa donde trabaja el ahorrador ha de cerrarse). Corporaciones y fondos de inversión son pues entes omnipresentes, todopoderosos e impersonales; estas estructuras conforman la garra visible, descaradamente ambiciosa y llena de codicia, pero de la que desconocemos el resto del cuerpo, que queda en la sombra.

¿Por qué no sabemos más de la garra visible, es decir, por qué sólo sabemos que existe? La creación de un argot económico ininteligible para la sociedad –hacer lo evidente oscuro e

incomprensible— es fundamental para este propósito. ¿Quién no se ha visto aturdido ante las explicaciones mistericas de los porqués de los entresijos de los mecanismos de la bolsa o el desequilibrio en la balanza de pagos...? El otro pilar fundamental es el control de los medios de comunicación mediante la publicidad, de forma tal que la *información sensible* rarísimas veces llega a la opinión pública, que cuando lee el periódico o ve las noticias en televisión, asiste a un espectáculo bien guionizado y programado. De esta forma, la inmensa mayoría de la población siente que su destino está controlado por algo que le amenaza si no cumple ciertas condiciones, condiciones que no entiende y que nadie le explica. Un círculo vicioso perfecto.

En realidad, no es tan perfecto. Como en su día ocurrió con la imprenta, tenemos una potentísima herramienta no sólo de transmisión de información como eran los libros, si no también de comunicación horizontal entre las personas: se llama internet. De un modo progresivo, internet ha propiciado el flujo de ideas y el intercambio de pareceres a un nivel que nadie podía prever. En ella hay medios de comunicación independientes, pensadores que ofrecen sus teorías, personas que se comunican incesantemente. Es cierto que mediante ella se produce la especulación financiera instantánea, pero también a través de la red fluyen las ideas que la combaten. Ideas como el comercio justo, el decrecimiento o la permacultura son cada vez más difundidas y más pronto que tarde tendrán su momento.

Porque la garra visible es poderosa, pero no es invencible.

*Augusto López es escritor*